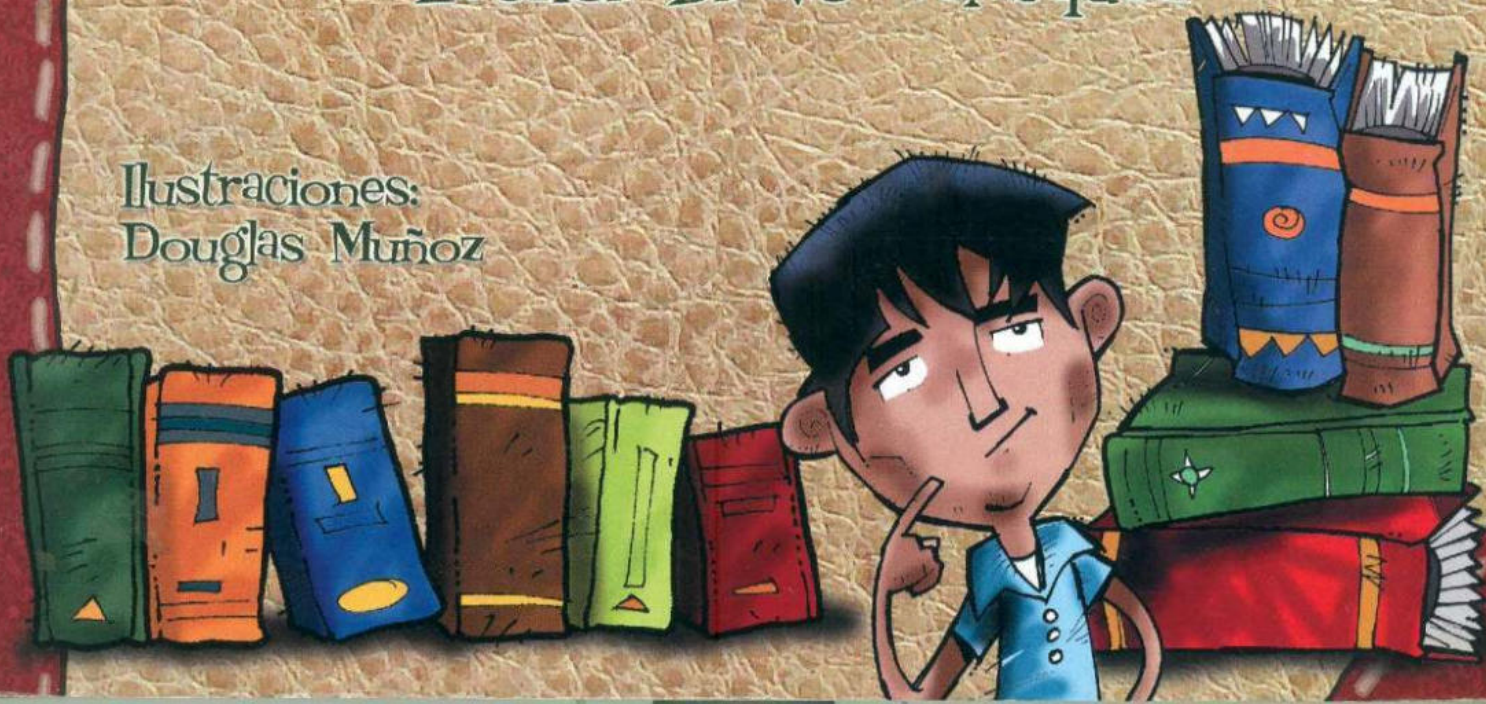




UN DESEO ES UN DESEO

Leonor Bravo Velásquez

Ilustraciones:
Douglas Muñoz



Hugo Rafael Chávez Frías
Comandante Presidente
de la República Bolivariana de Venezuela

Ing. Héctor Navarro Díaz
Ministro del Poder Popular para la Educación

JUNTA ADMINISTRADORA IPASME
Prof. **Favio Manuel Quijada Saldo** / Presidente

Prof. **José Alberto Delgado** / Vice-presidente

Prof. **Pedro Miguel Sampson Williams** / Secretario

Fondo Editorial IPASME
Lic. **José Gregorio Linares** / Presidente

TITULO: “Un deseo es un deseo”

Autora: Leonor Bravo Velásquez
Depósito Legal: If65120098004611
ISBN: 978-980-401-026-2
Impreso en Venezuela por
Gamma Color Editores, C.A.
3000 ejemplares
Caracas, febrero 2010

Diseño Gráfico y montaje: Elia Gallegos S.
Ilustraciones: Douglas Muñoz
Corrección: Luis Darío Bernal Pinilla

Sede FEI: Final Calle Chile con Av. Presidente
Medina, Locales IPASME,
Urb. Las Acacias, Municipio Libertador, Distrito
Capital, Caracas, Venezuela
Teléfono: 0212.633.53.30
E-mail: fondoeditorial.ipasme@yahoo.com
Página Web:
<http://fondoeditorialipasme.wordpress.com>



Gobierno Bolivariano
de Venezuela

Ministerio del Poder Popular
para la Educación

200 años

UN DESEO ES UN DESEO

LEONOR BRAVO VELÁSQUEZ

Ilustraciones: Douglas Muñoz



COLECCIÓN



AQUILES NAZOA / PATACALIENTE

Por fin doña Sol aceptó. Durante varios días le había pedido ese libro y ella se había negado a dármelo con cualquier pretexto: que si estaba muy alto, que no tenía tiempo, que tal vez mañana, que ese otro era más interesante. Pero el único que yo quería era ése. Lo descubrí un día en que ella me pidió que le ayudara a cargar unos archivos colocados en un estante lleno de puros vejstorios.



Es muy grande para bajarlo yo solo y, además, doña Sol nunca me da un libro de la biblioteca sin antes anotar el título en su cuaderno. Por lo que alcancé a ver creo que es de historias de terror, a mí me encantan, aunque de noche me da miedo y a veces no puedo dormir.

Ahora está de muy buen genio y apenas le nombro el libro, acepta; qué suerte que no hay clientes a la vista, porque está en el rincón más distante de la biblioteca.

-¿Quieres que suba hasta allá para bajarte el libro? ¡Qué chiquillo!, ¿no podrías haberte antojado de algo más a la mano?

-Es un libro de cuentos, ¿verdad? -le pregunto, sin responder.

-Pues no sé, mira que nunca lo había visto -dice ella extrañada-. Debe haberlo sacado el viejo Noé de la bodega del altillo. Es una suerte que las ratas no se lo hayan comido. Desde aquí parece un libro de cuentos. ¿Seguro que lo quieres?. Debe tener más polvo que el desierto del Sahara... -Doña Sol me mira por encima de los lentes en espera de que yo renuncie al libro-. No me hace la menor gracia bajarte ese mamotreto que seguramente está lleno de polillas.

-¡Por favor!

-Está bien, está bien, no se hable más -replica doña Sol resignada y trae la escalera. El libro pesa tanto que cuando baja, tengo que sostenerla para que no se caiga.

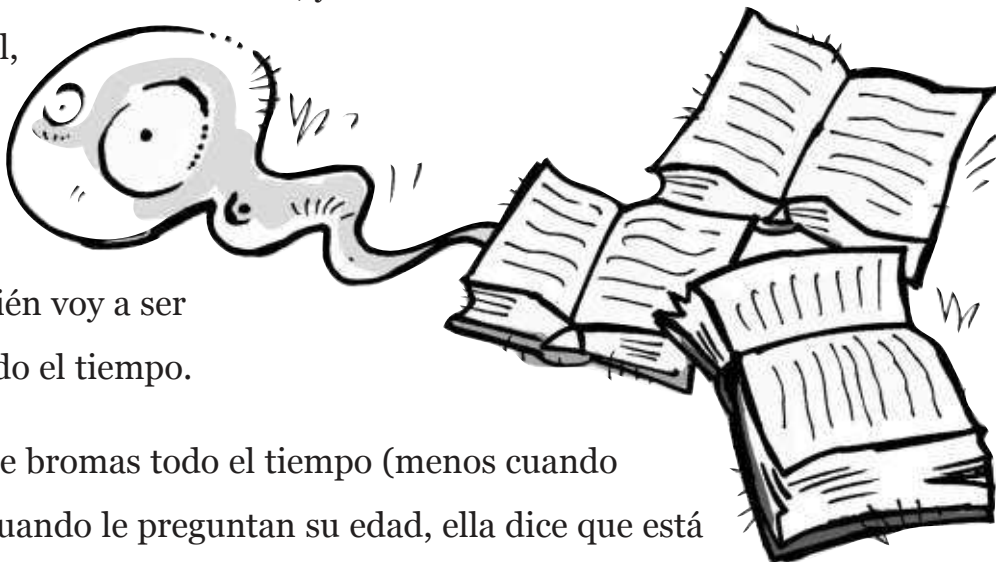
-Cuídalo, Juan -me dice mientras lo coloca sobre una mesa de lectura y lo observa con detenimiento-, parece un libro muy antiguo y debe tener un gran valor. ¡Qué raro que nunca lo haya visto!. Luego lo reviso. Está tan viejito que tal vez no debería prestártelo, puede destruirse fácilmente.

¿Me iba a negar el libro después de tanta espera y de tenerlo frente a mí? La miro con tal angustia que cambia rápidamente de opinión.

-Bueno, bueno, lo ofrecido es deuda, ahí está, pero trátalo bien.

-No se preocupe, doña Sol-, le respondo distraído, mirando la cubierta de cuero con adornos de metal dorado y plateado. ¡Seguro que tiene muchísimos cuentos!.

Doña Sol es bien plena y, aunque sea viejita, es una de mis mejores amigas. Siempre me trae nuevos libros de su casa, porque aquí la mayoría son para adultos. Claro que sólo me los presta cuando he terminado mis tareas de la escuela. Mi mami conoce a doña Sol desde hace años, y como nosotros vivimos cerca de la biblioteca municipal, paso todas las tardes con ella, hasta que mi mamá regresa del trabajo. Yo creo que de grande también voy a ser bibliotecario para leer todo el tiempo.



Doña Sol es chistosa, hace bromas todo el tiempo (menos cuando alguien daña un libro). Cuando le preguntan su edad, ella dice que está en la edad dorada, donde se olvidan los años. Un día vinieron de un periódico a entrevistarla y ella les contó que había estudiado en Francia y tenía dos títulos, uno en Letras y otro en Historia, pero que, sin embargo, prefería trabajar en la biblioteca municipal y hacer lo que para ella era el mejor trabajo del mundo: estar rodeada de libros y leer cuentos a los niños.



Y es cierto, todos los sábados en la mañana, en un cuarto del subsuelo de la biblioteca, nos lee cuentos. A veces se transforma en la bruja Raspachunda con un puntiagudo sombrero negro, una escoba de corteza de coco, un vestido largo lleno de remiendos y un enorme bolso, repleto de libros, del que cuelgan patas de conejo, plumas y piedras de colores. Esos días nos lee historias de brujas, de monstruos, de piratas o de fantasmas.

Otras veces es el hada Colibrí, con una larga peluca azul, alas de muchos colores y un vestido que tiene reflejos de luz cuando ella se mueve. Tiene hasta varita mágica y una bici a la que ha decorado con flores, en la que dice que viene del mundo Ilusión, cuya puerta queda al final del arco iris. Esos días nos lee cuentos de hadas, princesas, animales y dragones. Yo prefiero los días de la bruja Raspachunda, pero nunca faltó al Mágico País de los Cuentos, como ella le llama, porque lee muy bonito, porque no quiero que esté sola cuando otros niños no vienen y porque yo tampoco quiero estar solo en mi casa.

Los niños pequeños creen que en realidad ella es una hada o una bruja, yo no, porque sé que no existen y son sólo cosas de los cuentos, y porque yo la he visto disfrazarse (una vez la encontré poniéndose la peluca azul).

Yo también sé leer bien porque mi papi, cuando era pequeño, me contaba muchos cuentos y además he aprendido de doña Sol. Ahora que mi papá no está, yo le leo a mi mami aunque se queda dormida en medio de la historia, pero no es porque no le interese, sino porque tiene dos trabajos y siempre está cansada.

Creo que si mi papi estuviera vivo sería todo diferente, mi mamá no trabajaría tanto y yo podría jugar con él. Me enseñaría karate, a hacer goles, subir montañas, pescar en el río, pero no está, y mi mami dice que tenemos que aprender a vivir sin él. Dice eso con voz de valiente pero, cuando ella cree que yo no la veo, se pone a llorar.

Humm, son cuentos de hadas, ¿qué tal serán?; yo pensé que serían de miedo, pero no importa. ¡Guau, cómo pesa la tapa! ¿Y esto?, ¡qué extraño!. Este dibujo no parece parte de la página, parece un caracol, pero no, creo que no es. Es negro y tiene una carita. ¡Qué cantidad de polvo tiene! Cada hoja que se mueve tiene un kilo de polvo. Ahora se mueven todas las páginas como si hubiera viento, pero las ventanas están cerradas. ¡Cof, cof! ¡Qué libro tan viejo!, creo que se está desarmando.



¡El caracol negro se movió! ¡Huy, se está desenrollando! No es un caracol, parece una... bruja. Sí, ¡y se está moviendo! ¿Será un libro animado o a pilas? Se está... ¿desperezando?

-¿Ya se fueron? -dice una extraña voz chillona.

-¿Quién dijo eso? -pregunto. Entonces, la bruja (es en realidad una bruja) levanta la cabeza y me mira fijamente, primero a mí y luego a su alrededor.

-¡Yo! -me responde.



-¡Qué bien! -digo-, hasta habla. Los antiguos sabían cómo hacer las cosas. Es perfecta.

-¿Quién eres tú? -me pregunta de pronto, como si me diera una orden-. Yo no te conozco.

-Soy Juan -le respondo-. Y tú, ¿quién eres?

-¿Juan?... ¿y de dónde saliste?

-De ninguna parte. ¿Quién eres tú?

-Yo soy Florinda. ¿Dónde están las demás? -dice mirando para todos lados.

-¿Las demás?, ¿quiénes?

-Las que gritaban mi nombre y se burlaban.

-¿Se burlaban? ¿de qué se burlaban?

-De mi nombre, claro.

-Pues a mí me gusta, es un buen nombre para un juguete.

-¡¿Juguete?! No soy ningún juguete. ¡SOY UNA BRUJA! -grita y su cara se pone roja como un tomate.

-Bueno, perdón, una bruja de juguete.

-¡No soy ningún juguete! -dice enojadísima, y luego se pone a llorar.

-¡Cuidado! Estás mojando el libro, es muy viejo y valioso.

Entonces, la pequeña bruja cambia de actitud, se alisa la ropa, pestañea y me pregunta con una seriedad que da risa.

-Estimado caballero, podría decirme dónde estoy. Este sitio no se parece a la casa de mi abuela, por lo tanto, le ruego responderme.

-Estamos en la Biblioteca Municipal y saliste de ese cuento de hadas -le explico.

-¿Hadas? ¡Ah!, ¡ya me acuerdo de todo!

-¿De todo? ¿qué...?

-No te contaré nada hasta que me digas quién eres tú y qué haces aquí.

-Ya te dije que soy Juan, tengo once años, estudio en la escuela y quería leer este libro -le contesto con su misma seriedad-. Y ahora dime, ¿qué cosa eres tú?-.

-¡Cuidado, niño mortal! no quieras conocer mi ira -me responde furiosa-. No soy ninguna cosa, soy una bruja, pequeña todavía, pero bruja, y muy, muy mala, para que sepas.

-Pues no pareces mala; además, las brujas no existen -me río.

-Ja, ja. ja, ¿que no existimos? jui, jui, jui -ahora se ríe ella-, eso es lo que tú quisieras, pero existimos, ¡¿O acaso no me ves?!

-Sí, claro que te veo, pero ¿cómo sé que no eres una muñeca de pilas? Entonces la pequeña y furiosa bruja me apunta con su dedo, dice unas palabras extrañas y, repentinamente, siento que todo el cuerpo me pica.

-Mírate las manos -dice -, ¿crees que eso pudiera hacer una muñeca?

Dejo de rascarme y me miro, mis manos están de un verde brillante y les están creciendo unos largos pelos negros.

-¿O esto? - Y apunta hacia un estante cercano, del que salen disparados los libros para todos lados.

-¿O esto de acá? -dice mientras vuela sentada encima del viejo libro y que ahora, a pesar de su peso, parece una pluma en el aire.



-Si eres una bruja, ¿qué haces aquí? -insisto. No estoy asustado, ni nada, pero esto es un poco extraño.

-Primero, quiero saber si crees que soy una bruja. Porque si no lo crees, ni siquiera te voy a hablar.

-Está bien -me río-, yo no creo en las brujas, pero tú si pareces una, o tal vez me estoy volviendo un poco loco.

-No estás loco ni nada. Aquí, la única que se va a volver loca soy yo. ¡Tengo que volver a mi casa, pero no sé cómo!

-¿Y dónde está tu casa?

-¿Dónde? En los Dominios Mágicos. Como ya sabes, yo soy una bruja. Mi abuela, que está muy viejita y un poco chiflada, me puso el nombre de Florinda. ¡Te imaginas ese nombre para una bruja! No es el nombre más adecuado. Muchas señoras brujas dijeron que era "totalmente inapropiado" y no volvieron a pisar nuestra casa. Mi padre se puso furioso y dijo que ese era un nombre de hada, no de bruja. Mis tíos se enojaron porque pensaron, y con razón, que con ese nombre deshonoraría a la familia. A nadie le gustaba mi nombre y tampoco a mí, ¡por supuesto! Todos se reían de mí. Un día, en que otras niñas brujas me perseguían y me lanzaban bombas de perfume de flores para burlarse de mí, entré a la biblioteca de mi

abuela y busqué el mejor escondite, en el que nunca me encontrarían: un libro de cuentos de hadas. Lo grave es que ese libro ahora está en los dominios humanos y no sé cómo llegó hasta acá.

-¿Te perseguían por tu nombre?

-Sí, y no sabes lo terribles que pueden ser las brujas cuando se burlan de alguien.

-No creo que las brujas sean las únicas terribles cuando se burlan de alguien...



-Debo haberme quedado dormida por mucho tiempo, y ahora, gracias a ti he despertado. Estoy en deuda contigo. ¿Quieres que haga algo por ti? Puedo darte lo que desees...

-No sé, no se me ocurre nada.

-Puedo darte cualquier cosa. Pese a mi edad soy muy poderosa -asegura Florinda con vanidad-. Como las otras brujas no me permitían jugar con ellas y entrar en sus planes, me dediqué a estudiar con mi abuela y estoy casi graduada en hechicería.

-Mientras habla, vuela por los aires haciendo piruetas, y lanza pequeños rayos y luces de colores.

-Humm, ¿podemos ser amigos? -le digo después de pensar un rato. Florinda se para en medio vuelo.

-¿Amigos? Y eso, ¿para qué te sirve? -se burla-. Creo que es un deseo muy tonto.

-Para que juguemos juntos, para conversar. ¡Para hacer planes!

-¿Estás seguro? ¿Vas a desperdiciar el único deseo que pienso concederte? Piénsalo mejor. Tienes otra oportunidad.

-Sí, estoy seguro. Ya lo pensé, quiero ser tu amigo. Lo que yo realmente quisiera, ni tú ni nadie me lo puede dar. Quiero ser tu amigo.

-¡Ya me doy cuenta! -Su cara se transforma y me mira molesta-. Eres muy astuto, así tendrás todos los deseos que quieras. Ya me parecía que algo andaba mal.

-¡Estás loca! Solo deseo ser tu amigo, y eso si tu quieres. No tengo ningún otro deseo. Pero si no te gusta, está bien, la amistad no se da a la fuerza. -Ahora el enojado soy yo.

-Bueno -dice después de mirarme un largo rato-, ¡un deseo es un deseo!, así que te lo voy a cumplir. Está bien, seamos amigos -exclama y choca sus cinco pequeños dedos con los míos.

-¡Chévere! ¡Soy amigo de una bruja!

-Pero no se lo puedes contar a nadie, en primer lugar, porque nadie te creería; y luego, porque no quiero convertirme en fenómeno de circo. ¿Qué tal si dejas ese libro para leerlo otro día y vamos a pasear? Así me muestras este lugar.

-Parece que tiene prisa por hacer algo.

Agradezco a doña Sol por el libro y salgo con Florinda, convertida en una pequeña polilla sobre mi hombro.

Florinda no cabe de la sorpresa, todo es nuevo para ella. Los grandes edificios le parecen unos castillos demasiado rectos y sin mucha gracia, y sospecha un poco de

los autos que llevan a la gente de un lado a otro más rápido que los caballos; pero le encantan los aviones, que pueden volar más alto que su escoba. Yo le explico cómo funcionan las cosas y para qué sirve cada una. Está encantada y quiere probar sus poderes en este nuevo mundo.

-Tengo hambre -dice de pronto-. No sé cuánto tiempo estuve en ese libro. ¿Dónde hay algo de comer?

-Aquí en el parque hay muchas cosas; mira, esos son helados.

-¿Helados?

-Unos dulces fríos y muy ricos.

-¡Ah, ya! ¿qué más?



Recorreremos puestos de hamburguesas, perros calientes, empanadas, canguil, frutas, caramelos, chocolates.

Florinda hace dos pases mágicos e inmediatamente dos helados dobles de frutilla con chocolate encima caen en mis manos. Ella, ahora en la personalidad de mariquita, se sube en uno y comienza a comer a una velocidad increíble.

Luego seguimos con unos perros calientes
con mucha mostaza y pickles y terminamos con jugo de naranja.

Yo estoy al borde del empacho, no sé ella.

-Oye, Florinda -le digo-, ¿quieres vivir en mi casa? Supongo
que ahora que saliste del libro no tienes adónde ir.

-Ahora va a ser difícil regresar a mi casa, no sé cómo llegó el libro de
mi abuela hasta tu biblioteca y no estoy muy segura del camino de
vuelta. Pero hasta que lo averigüe, y ya que estoy aquí, podría
quedarme por un tiempo. Pero, ¿crees que les guste a tus papás? -me
dice, de pronto temerosa.



-Será un secreto entre los dos; además, nadie se fija en una mariquita o en una polilla.

Como no hay nadie en la casa, Florinda recobra su forma y entre los dos preparamos su nueva vivienda. Colocamos una caja de madera dentro de mi armario, dos cojines, un saco que ya no uso y algunas hierbas de olor de las que siembra mi mamá en las macetas de la cocina. Luego, ella hace un hechizo para que cuando alguien entre en el cuarto, el arreglo se vuelva invisible.

Conversamos hasta muy tarde y a ella, tal vez por ser bruja, le cuento cosas que no puedo conversar con otra gente.

-Mi papá murió hace cuatro años. Fuimos de vacaciones a la playa y a la vuelta, el carro en el que veníamos empezó a correr. Llovía mucho, se le fueron los frenos y chocó contra la montaña. Algunas personas murieron y muchas quedaron heridas. Mi mamá estuvo un mes en el hospital.

-¿Y tú con quién te quedaste?

-Con doña Sol. Cuando se enteró del accidente me llevó a su casa. Mi mami también es hija única, y los parientes de mi papá



viven en una ciudad al sur del país. Doña Sol vive sola y me dijo que sería un gusto tener compañía por algún tiempo. Me trató súper bien, desde ahí somos amigos. A veces hasta le cuento mis problemas.

-¿Y conversas con tu mamá?

-Sí, pero a ella sólo le cuento las cosas buenas que me pasan para que no sufra. Porque cada vez que hablo de mi papá, se pone muy triste y no quiero complicarle más la vida. Me hubiera gustado tener hermanos, así los dos nos sentiríamos más acompañados.

-¿No tienes otros amigos?

-No muchos, ¿y tú?

-Tampoco, yo soy un poco diferente de las otras brujas, no sólo en el nombre... por eso no tenía amigas. Mi papá decía de broma que no entendía por qué, justo a él, tenía que tocarle una oveja blanca en su familia.

-¿Qué es eso de oveja blanca?

-Mi abuela contaba que hace cientos de años, una pariente nuestra se enamoró de un hado y tuvo una hija con él, y que con seguridad yo había heredado algo de ella.

Me da vergüenza decirlo, pero me gustan las flores y los perfumes, los colores claros y la poesía.

-¿Poesía? Sí eres un poco rara, pero a mí también me gusta. De mí se burlan porque soy malo para el fútbol, no me aceptan en ningún equipo y dicen que con mi físico no voy a lograr nada en la vida.

-Bueno, en eso nos parecemos; los demás se burlan de nosotros.

Llevo a Florinda a la escuela metida debajo del cuello de mi camisa, convertida en una pulga pequeñita, va cantando unas canciones rarísimas sobre recetas de hechizos.

¡Ay, no! En la entrada está parado Joselo, mi peor compañero; trato de pasar desapercibido, pero él me detiene.

-Miren quién llegó: el "ratón de biblioteca", el cepillo de la profe -dice en voz muy alta y me empuja.

Siento vergüenza por Florinda, otras veces hace lo mismo y no me importa mucho, pero ¡delante de ella es terrible! No digo nada y quiero seguir adelante, pero Joselo está de muy malas pulgas...

-Se me cayó la regla, ¡recógela! -grita y tira la regla a mis pies.



Siento una rabia enorme, tengo ganas de romperle la nariz, pero también tengo miedo, Joselo es el doble de ancho y alto que yo.

De pronto, veo que la regla se levanta sola, se mueve en el aire y le da en la frente.

-¡Cómo te atreves a pegarme, enano! -grita Joselo un poco asustado y se prepara para golpearne.

Yo no entiendo lo que ocurre, menos aún cuando veo que dirige su puño hacia su propio ojo.

-¡Ahora sí eres hombre muerto! -aúlla Joselo y se lanza contra mí. Creo que ha llegado mi última hora, pero una mano lo detiene. El inspector nos mira a los dos con cara de muy pocos amigos.

-¡Ambos castigados! saben perfectamente que está prohibido pelear en el interior de la escuela.

A él no le interesa saber quién es el culpable o quién abusa de quién, sólo mantener la DISCIPLINA, como él dice, y arregla las cosas castigando a todos.

Joselo, yo y otros "indisciplinados" damos veinte vueltas alrededor del colegio, hacemos lagartijas y sapitos, mientras Florinda, ahora una mosca que vuela a mi

alrededor, se auto declara autora de los dos golpes a Joselo. Cuando vuelvo del castigo me rodean mis compañeros.

-¡Le pegaste a Joselo! ¿Cómo te atreviste? -dicen unos- ¡Qué bueno que le diste su merecido! -comentan otros- ¡Ahora sí que Juan se metió en problemas! - murmuran todos.

Yo también estoy seguro de haberme metido en problemas, y la verdad es que no sé cómo los voy a resolver. Estoy preocupado, pero Florinda se ríe.

-Ese grandulón se lo tenía merecido -dice-, si quieres le doy con el puntero de tu profe.

La clase se ha dividido en dos, los que creo que están conmigo, pero no me lo dicen a mí ni a nadie, y los que están con Joselo, que están parados siempre a su lado.

Él parece un toro enjaulado, no dice ni pío pero sé que está tramando algo. Sin embargo, hasta ahora no ha podido hacer nada: el inspector le tiene puesto el ojo porque la semana pasada pegó a otro niño y porque doña Sol, enterada de lo que pasó, me viene a ver a la salida de la escuela todos los días.

Parece que Joselo se ha olvidado del desquite que me tenía ofrecido, pero de lo que no se olvida es de burlarse de mí. Está atento a todo lo que hago, sobre todo en Educación Física, en la que soy pésimo.

Si no salto bien el caballete, Joselo se ríe y me dice, "escaldado". Si corro más lento que los demás, me dice, "tortuga". Si no encesto en el básquet, me dice, "saco de plomo", y cuando el profesor nos hace jugar fútbol, aprovecha para patearme.

-Y tú, ¿por qué no te burlas de él? -me pregunta Florinda enojada-. Joselo es grande y fuerte, pero es malo en algunas materias. ¿Por qué no te ríes de él cuando responde tonterías en clase o cuando le ponen cero en esos cuadernos manchados y rotos? ¿O cuando lee en voz alta y tartamudea?

-No, Florinda, no quiero -le respondo-. Eso sería meterme en más problemas. Además, Joselo no sólo se burla de mí, sino de todos los que no son iguales a él.

-Pero de ti se burla más.

-Tal vez porque soy más diferente de él que los demás.

-Claro, cuando los otros no saben qué hacer o qué pensar de las personas diferentes, se burlan de ellas. Pero insisto, debería hacerle algo.

¡Doña Sol nos pescó! Hasta ahora yo no le había contado sobre la existencia de Florinda, aunque creo que ella sospechaba algo. Pero ahora, mientras yo me estaba riendo muy alto mirando a Florinda hacer trampolines en el aire, ella se acercó como un fantasma y nos vio a los dos.

-Hola, Juan, estás muy divertido por lo que veo -dice de pronto.

Florinda se asusta tanto que se olvida de desaparecer y cae en una pila de libros que se viene al suelo.

-Hola, doña Sol-le respondo nervioso-, ¿estaba haciendo ruido?

-Sí, un poco...

-Disculpe, voy a estar en silencio.

-Juan, no me has presentado a tu amiguita. ¿Quién eres pequeña?

Florinda trata de escapar, pero es tarde, doña Sol la tiene atrapada en una red de coger mariposas que tenía escondida. La pobre se ve fatal ahí adentro.

Al principio se queda callada, pero como doña Sol no se mueve, no le queda más que hablar.



**-Soy Florinda y soy una bruja -dice frunciendo la frente
con la esperanza de darle miedo.**

-¿Una bruja?

**-Es una historia muy larga -intervengo-, pero sí, en realidad es una
bruja. Salió de ese libro antiguo, ¿se acuerda?**



-¿De ese libro que me hiciste bajar y luego no leíste más?

Entonces entre los dos le contamos toda la historia. Doña Sol está muy asombrada, pero como buena bibliotecaria sabe que las historias que los libros cuentan pueden ser reales ya que, según dice, hasta fantasmas ha visto salir de ellos. Y bueno, está bien que se entere, porque yo no tengo secretos con doña Sol.

-¿Y sabes hacer magia y todas las cosas que se dicen de las brujas? -le pregunta.

-¡Claro! -responde orgullosa Florinda-, se lo voy a demostrar.

Mueve las manos, dice unas palabras que no entiendo y, sin más, estamos los tres en la cubierta de un barco. El mar suena embravecido y el viento mueve unas inmensas velas. Un hombre grande, musculoso y moreno grita furioso mientras blande una enorme espada curva. Tiene el pelo largo y sobre la cabeza, algo como un turbante con una piedra brillante en el medio; mira hacia nosotros con una mirada tétrica, pero para suerte nuestra algo llama su atención. "¡Yánez!", grita, y un hombre blanco y de ojos grises, cubierto con una capa, aparece.

-Aquí estoy, Sandokán, ¿me necesitabas?

-¡Sandokán! -dice doña Sol en un murmullo- ¿Dónde estamos?

-Parece que en el barco de Sandokán, porque es él, ¿verdad? -le pregunto.

Florinda se ríe de nosotros.

-Esto lo aprendí de mi abuela, es magia muy avanzada.

Doña Sol también sonríe, seguro que ella también ha soñado con vivir una aventura con el Tigre de la Malasia.

Así, cada vez que podemos nos embarcamos en alguna hazaña contada por algún libro. Un día estamos en el fondo del mar o en el centro de la Tierra con Julio Verne; otro, con Alicia en el País de las Maravillas; o con Bastián, en Fantasía.

Cuando doña Sol está ocupada y no nos puede acompañar -y nos tiene prohibido ir sin ella-, Florinda me enseña rudimentos del gran arte de la hechicería, como ella lo llama.

-Los conocimientos que manejamos los brujos eran, hace mucho tiempo, del dominio de muchos seres humanos, que los fueron olvidando cuando se alejaron de la naturaleza y perdieron contacto con sus capacidades mágicas.

-¿Todos podían hacer magia?

-No todos, por supuesto. Debían tener algunas cualidades como ser sensibles, tener mucha fuerza de voluntad e imaginación.



-¿Y tú crees que yo tengo esas cualidades?



-Claro, si no, no estaría perdiendo mi tiempo contigo. Además de esas cualidades debes desarrollar y aprender tres cosas: uno, tener absoluta confianza en ti mismo y en lo que hagas. Dos, potenciar la fuerza de tu deseo. Si tu deseo es fuerte, tu energía se vuelve fuerte y domina a las otras energías que la rodean; entonces, la energía de la que están hechas las cosas cambia de forma, se reproduce o mengua. Todo según tu deseo.

-¿Y la tercera?

-Es el ingrediente final. Para concentrar el deseo se deben usar palabras que son como el molde en el cual toma forma final el deseo. Para hacer magia debes practicar las tres cosas a la vez.

Practico todos los días y, con mucho esfuerzo, aprendo a volverme invisible. Pero me ha costado bastante. Al principio, sólo logré hacer invisibles mis manos y casi me meto en un lío porque el inspector del colegio me vio, pero por suerte creyó que las tenía metidas en los bolsillos. Después, poco a poco he logrado hacer desaparecer las otras partes del cuerpo, la más difícil es la cabeza, porque es la que piensa.

-Bueno -me dice Florinda-, ahora que has pasado el examen de invisibilidad, vas a aprender a mover cosas. Te fijas en el objeto o persona y te la imaginas en el lugar adonde quieres que se mueva. A ver, empieza con ese lápiz.

Ya me duele la cabeza de tanto practicar y el lápiz no se mueve ni un milímetro.

Florinda se burla de mí y yo me enojo. ¡Qué bueno, ya estoy aprendiendo a enojarme! -No es tan fácil como parece -le digo-, tú eres bruja, pero yo no.

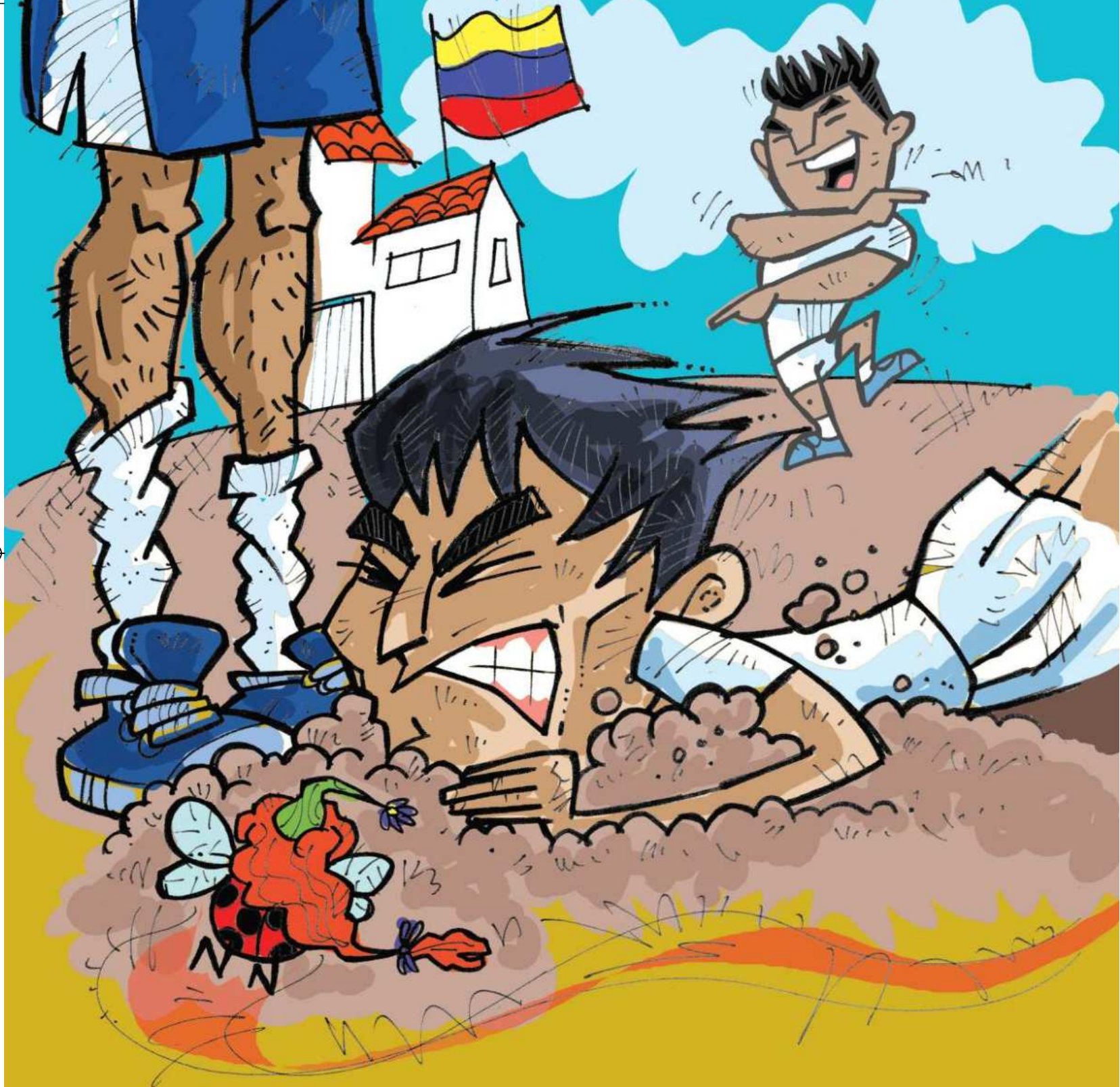
-¡Por supuesto que no! -exclama ella con vanidad-, y hace falta mucha práctica para lograr lo que nosotros podemos con facilidad.



Hoy día, ¡por fin!, logro mover un diccionario pequeño de un lado a otro de la biblioteca, y doña Sol, para festejarlo, nos invita a comer batidos con crema.

En la escuela, llega la semana de los exámenes trimestrales. ¡Oh, no! y mañana me toca gimnasia. ¿A qué sádico se le ocurrió hacer blancos los uniformes de gimnasia? Todas las clases acabo con el uniforme manchado porque me caigo o por lo que sea, pero si uno se mancha el día del examen, eso significa cinco puntos menos. Tengo mucho





miedo porque esta vez nos toca hacer las pruebas de salto, y yo no puedo saltar ni un ladrillo acostado.

Florinda me quiere ayudar con un hechizo, pero yo no la dejo. Todavía recuerdo la otra vez que me ayudó, me fue tan bien que eso me asustó más.

-No, Florinda, si sigues ayudándome me voy a volver un inútil, ¡hasta de caminar me voy olvidar!, capaz que hasta termino en silla de ruedas...

Anoche llovió durante horas, y hoy, el patio de la escuela es un enorme lodazal. ¡Justo ahora!, hasta caminar resulta difícil, ¡no se diga hacer gimnasia!

Joselo hace un salto perfecto y le ponen diez, es el único hasta ahora, porque a todos los demás les cuesta mucho esfuerzo saltar sin resbalarse y ahora me toca a mí. Me concentro y salto, pero para mi mala suerte caigo en un charco, patino y voy a dar a los pies del profesor.

Del uniforme blanco no queda nada más que los botones. Todos, hasta el profesor, se ríen, pero ninguno como Joselo, que me imita y se burla de mí.

Entonces me enfurezco, dejo de pensar y de sentir. Todo desaparece, no veo a nadie más que a él, cojo un poco de lodo y se lo tiro sobre el impecable uniforme blanco, y luego más y más.

-¡Te burlas de mí porque tienes con quien correr y saltar! -le digo con los ojos llenos de lágrimas- ¡Seguro que tu papá te enseñó todo lo que sabes! Yo no tengo un papá, ¿me oyes?, no tengo.

Entonces Joselo, que ya se lanzaba a hacerme picadillo, retrocede. Parece que se hubiera quedado congelado, luego de un rato sale corriendo. Nadie dice nada.

A lo lejos escucho la voz del profesor que ha dejado de reírse y dice: "Ya está bien Torres, vaya al vestidor a cambiarse".

Florinda me acompaña silenciosa. Me cambio y como casi es hora de la salida, me voy a la casa antes de que doña Sol me vaya a ver. No quiero hablar con nadie.

Amanece, casi no he podido dormir. Me hago el enfermo, no, en realidad estoy enfermo. Me siento mal y le digo a mi mamá que no puedo ir a clases, pero ella me recuerda que ahora tenemos examen de Mate y que no puedo faltar, y en eso es inflexible. Ni modo.

Llego a la escuela arrastrando los pies. Nadie me dice nada, siento que hay un círculo de hielo a mi alrededor. Mejor, así por lo menos no se burlan de mí.

A la hora del recreo se me acerca Joselo. Yo siento algo extraño, algo parecido a la furia, pero menos fuerte. Miro a la pequeña pulga que me acompaña alistarse, me parece que prepara su peor hechizo. Joselo está muy serio.

-Juan -me dice-, tú no tienes papá porque está muerto, yo tampoco tengo al mío porque no lo veo nunca. Mis padres se divorciaron hace dos años y casi no nos vemos. Cuando me visita, apenas me saluda; no conversa, ni juega conmigo. Yo creo que ya no me quiere o que tal vez nunca me quiso. Ya ves, estamos casi en las mismas.

Joselo se da media vuelta y se va. Siento náuseas y me duele el pecho. No entiendo cómo un papá puede no querer a su hijo. De las pocas cosas que yo recuerdo de mi papá era que me quería mucho.

Estoy muy confundido. Me siento mal por mí y por Joselo, jamás me imaginé que él, tan grande y tan fuerte, sufría también por su padre. Hay muchas cosas que no entiendo, ¿en verdad el papá de Joselo no lo quiere? Y si mi papá estuviera vivo, ¿me querría tanto como cuando era pequeño o también me habría dejado de querer?

Por la tarde vamos a la biblioteca. No tengo ganas de leer ni de conversar, ni de nada. Doña Sol me ve de lejos y se me acerca.

-¿Cómo te fue en Matemática, Juan? Supongo que bien, estabas muy bien preparado.

-Me fue bien.

-Entonces, ¿a qué se debe esa cara larga? ¿Quién me va a contar? ¿Tú o Florinda?

-¿Usted cree que un papá puede no querer a un hijo, doña Sol? -le pregunto después de un largo rato en que ella espera con paciencia que yo le responda.

-Y eso, ¿a qué viene? ¿De dónde sacas eso?

-¿Se acuerda de Joselo, doña Sol?

-¿El grandulón que te molesta? Claro, cómo no me voy a acordar.

-Dice que su papá no lo quiere.

-Debe ser algún invento de él.

-Joselo me dijo hoy que yo no tengo papá porque está muerto, y que él no tiene porque desde que se divorció de su mamá, casi nunca lo va a ver y que ya no lo quiere.

-No creo que no lo quiera, lo que ocurre es que algunos hombres, cuando se separan de sus esposas, se descuidan de sus hijos. Es muy difícil que un papá no quiera

a un hijo, no te preocupes por eso -me responde doña Sol tratando de no darle importancia al tema.

-Me voy, doña Sol, estoy un poco cansado. ¿Le puede decir a mi mami que me adelanté? Además, tengo mucho que estudiar.

-Claro, Juan, no te preocupes. Nos vemos mañana.

Voy sin rumbo y sin darme cuenta me alejo del camino de mi casa.

-Juan -dice preocupada Florinda-, ¿adónde estamos yendo?

-Quiero caminar un poco, no puedo pensar ni estudiar. No estoy bien, me siento peor que cuando me dijeron que mi papá había muerto. En esa época era muy pequeño y no entendía bien lo que era la muerte.

Florinda no dice nada y me acompaña en silencio. Al principio vamos por las calles cercanas a la escuela, pero luego nos alejamos más y más. Empiezan a caer unas pequeñas gotas. El cielo se está oscureciendo y amenaza con lluvia.



-Juan, ¿no sería mejor que ya regresemos? -me pregunta Florinda.

-Todavía no. Si quieres, regresa tú.

De pronto, cae un tremendo aguacero. Entonces, no sé por qué, siento deseos de correr, de irme, y me alejo cada vez más de mi casa, sin oír los ruegos de Florinda que me pide que vuelva. Llueve y hace frío, estoy angustiado; ahora me doy cuenta de lo solo que me siento sin mi papá, de lo mucho que lo extraño, de lo mucho que deseo que no hubiera muerto. Empiezo a temblar de frío, de dolor, de rabia; mi cuerpo es como un río aprisionado que quiere explotar. Mis lágrimas se mezclan con la lluvia.

Cuando deja de llover me detengo. Sólo entonces me doy cuenta de que estoy empapado, mojado por fuera y por dentro. De mi pelo, de mi ropa y de mis zapatos salen chorros de agua.

-¿Ya podemos volver a la casa? -me pregunta entonces Florinda que ha estado callada todo el tiempo.

Caminamos largo rato por un montón de calles que no conozco. Cuando llegamos a la casa ya es muy tarde. Mi mamá abre la puerta, me mira y sólo me abraza y llora conmigo. No me regaña, no me llama la atención, no se queja.

-Doña Sol me contó todo -me dice-, hubiera querido que me lo contaras tú.

A la madrugada me despierto con fiebre, estoy sudando pero tengo frío y tiemblo.

Estoy mareado y con dolor de cabeza. Mi mamá me da una pastilla, se acuesta conmigo y me abraza.

Cuando ya es de día viene un médico para revisarme; dice que tengo una infección complicada en las amígdalas, la faringe y principio de bronquitis, que debo guardar reposo absoluto hasta que me cure, porque me puedo enfermar de gravedad.

Mi mamá está muy asustada porque la fiebre no cede con los medicamentos, ahora me duelen hasta los oídos y ya son varios días que estoy así. Florinda me cuenta que hablo dormido, que repito una y otra vez todos los detalles del accidente en el que murió mi papá, que lloro y lo llamo. Dice que también hablo de Joselo y que me peleo y le grito a su padre a quien ni siquiera conozco.

La magia de Florinda no sirve para curarme, pero me acompaña todo el tiempo convertida en hormiga para no asustar a mi mamá que pidió permiso en sus dos trabajos para estar conmigo.

Ella le consulta a cada rato al médico, con la esperanza de que mejore. Ahora, cuando creían que estaba dormido, escuché que él le decía a mi mamá.

-El niño tiene demasiadas preocupaciones para su edad, señora, y eso hace que pierda la energía que su cuerpo necesita para curarse. Me parece que recién ahora está enfrentando la muerte de su padre.

He faltado toda la semana a la escuela, pero ahora ya me desperté mejor. Tengo una sola idea en la cabeza. Apenas mi mamá sale del cuarto, se la digo a Florinda:

-Tenemos que hacer algo para que el papá de Joselo lo vuelva a querer.

-En este momento, en lo que único que debes pensar es en curarte, ¿me oíste?, has estado muy enfermo. ¿Está claro?

-Está bien, ¿pero me prometes que cuando esté mejor vamos a pensar en eso?

-Sí, claro, pero cuando estés mejor.

Mi mami también tiene mejor cara ahora, creo que anoche tosí menos y ella pudo dormir.

-No sabes el susto que me has dado, Juan, estuviste muy mal -me dice con los ojos llenos de lágrimas-. Pero ahora parece que la enfermedad ha empezado a ceder. Juan, quiero que me prometas algo, que cuando algo te inquiete, cuando sientas miedo, cuando estés triste... vas a conversar conmigo.

-Tú tienes demasiadas preocupaciones...

-Pero no hay nada en el mundo más importante para mí que tú. A veces puede parecerte que no es así porque no paso mucho tiempo contigo por mi trabajo, pero si yo no trabajo, ¿de qué vamos a vivir?

-No te preocupes por eso, yo sé por qué trabajas tanto -le digo-. Te prometo que la próxima vez que me sienta mal, converso contigo.

Entonces le cuento lo que pasó con Joselo y la pena que siento por él. -¿Tú crees que en realidad el papá de Joselo ya no lo quiere?

-No, no creo que ya no lo quiera...

-Doña Sol dice que como se ha separado de la mamá, eso lo ha alejado también de su hijo.

-Es difícil entender el corazón de la gente, Juan, en realidad no sabemos qué es lo que ese señor siente o piensa, tal vez él también sufre como Joselo porque no sabe cómo acercarse a su hijo.

Seguimos conversando y recordamos los buenos ratos que pasamos cuando mi papá estaba vivo. Mi mamá me cuenta lo feliz que se sintió cuando supo que espe-

raba un niño, y luego, cuando ya nació, cómo me cantaba por las noches y me bañaba con ayuda de mi papi. Y nos reímos bastante de lo que me cuenta cuando yo tenía seis meses y me estaba cambiando el pañal, cómo le oriné en la cara y en el pecho.

Ya estoy mejor y tengo muchas visitas. Sólo doña Sol vino cuando estaba mal, (el médico prohibió que mis compañeros vinieran para evitar una ola masiva de enfermos), y todos los días me ha leído cuentos súper chistosos porque dice que la risa también cura, aunque no sé si risa con tos sirve. Ahora me trajo una cajita de música para que la escuchara cuando me sintiera triste.

-Es el Himno a la Alegría de Beethoven, te va a ayudar para que tus penas salgan volando por la ventana.

Luego vienen mis compañeros, parece que ahora que he faltado tantos días, me han extrañado. Ya es tarde cuando llega Joselo.

-Hola, Juan -me dice con recelo-. No vine antes porque no sabía si querías que viniera o no. Ya no me voy a burlar más de ti.

-No te preocupes, Joselo, ya está todo olvidado.

-Te traje un álbum del mundial de fútbol, pero no sé si te guste.

-¡Claro que me gusta! -le digo-, me encanta el fútbol... lo malo es que no sé jugar.

-Si quieres, cuando te cures, te enseño.

-¿En serio?

-Sí.

-¡Qué bacán! Gracias.

-Bueno, regreso mañana.

Joselo se va casi tan rápido como llegó.

-No entiendo a este chico -susurra Florinda-. Te maltrataba todo el tiempo y ¿ahora quiere ser tu amigo? Tampoco entiendo por qué a ti te interesa tanto su problema, si él no se porta bien contigo.

-¿Sabes que creo, Florinda?, que Joselo maltrata a los demás porque él se siente maltratado por su padre.

-No había pensado en eso, pero es muy posible.

Mi mami acompaña a Joselo hasta la puerta y luego me dice:



**-Me parece muy valiente este chico,
para que después de todo lo que ha pasado
venga a visitarte, ¿no te parece, Juan?**

-Sí, me pareció genial que viniera.

**Hoy también viene Joselo
y me explica todas las jugadas
que aparecen en el álbum y los
nombres de los jugadores.
Está por irse cuando le pregunto:**

**-Joselo, ¿tú crees en realidad que
tu papá ya no te quiere? -Me parece
que mi pregunta lo ha molestado.**



-No sé. Tal vez sí me quiera, pero como no lo veo casi nunca, no lo puedo saber, y cuando nos vemos ni conversamos ni nada, me da plata para que gaste y ya...

Entonces, se levanta y se despide. -Nos vemos mañana.

Creo que metí la pata al preguntarle eso. Decido oír el himno ese que me trajo doña Sol para no entristecerme. Florinda aprovecha la oportunidad y se pone a hacer volteretas con el ritmo de la música, cambia de colores, transforma la cara en un montón de formas, se alarga, se achica, no me queda más que reírme.

Joselo llega más temprano hoy día y trae una pelota de fútbol.

-Hoy te voy a dar la primera clase. No tienes que moverte, sólo ver lo que yo hago -dice muy serio y empieza a hacer cascaritas primero con un pie, luego con otro-. Lo más importante es mantener el equilibrio, ¿te fijas?

Luego de demostrarme varias veces cómo se hace, se sienta.

-Ha venido mucha gente a visitarte, hasta el inspector y la rectora.

-Es que cuando uno se enferma todos se preocupan.

-Creo que quisiera enfermarme también -dice riéndose.

-¿Para qué? ¿Estás loco? No sabes lo horribles que son las inyecciones y las pastillas, el dolor y no poder respirar bien...

-Pero mi papá vendría a verme.

-Pero no tienes que enfermarte para eso. ¿Por qué no lo vas a visitar tú?

-¿Para que me diga que está muy ocupado y que nos vemos otro día? ¿O que me diga que nos veamos en un lugar y no llegue nunca? No, gracias.

-Y tu mamá, ¿qué dice?

-Ese es otro motivo de pelea entre ellos, pero no quiero hablar más de ese tema, mejor me voy. Si puedo, vengo mañana.

-Joselo, disculpa, no quiero meterme...

-No te preocupes, chao.

Hoy me llamó Joselo por teléfono para ver cómo seguía, pero desde la última vez que vino, no volvió más.

-Florinda, tenemos que ayudar a Joselo para que su papá lo vuelva a querer -Esa es la única idea que tengo en la cabeza después de la enfermedad.

-¡Ay, Juan! Nosotros no podemos hacer eso. Recuerda lo que tú me enseñaste: el amor, igual que la amistad, deben ser voluntarios.

-Pero es que Joselo sufre mucho, ¿no te das cuenta?

-Sí, claro que sí, pero no se me ocurre nada para ayudarlo...

-Yo quiero conocer a su papá, ¿me acompañarías a verlo, Florinda?

-¿Y qué le vas a decir?

-Nada, recuerda que ya pasé mi examen de invisibilidad. Nosotros lo vemos a él, pero él no a nosotros, ¿qué te parece?

-Está bien. Así sabemos cómo es.

-Le voy a pedir a doña Sol que nos ayude a conseguir la dirección de su oficina.

Por fin regreso a la escuela, todos mis compañeros me reciben bien, y Joselo me da un pequeño golpe en la espalda. Los profesores me tratan con cariño y el inspector me saluda con una sonrisa. Creo que en realidad estuve bien enfermo.

Por la tarde, después de clases, vamos a visitar al doctor Carlos Casamayor, papá de Joselo, a su oficina. En un descuido de la secretaria entramos sin ser vistos gra-

cias a nuestro truco de invisibilidad. La oficina es grande y elegante. Tiene un enorme escritorio y varios sillones oscuros para los clientes.

Detrás del escritorio está el papá de Joselo, es igualito a él, sólo que con menos pelo. Está hablando por teléfono y se ríe.

-No te preocupes, claro que voy. El sábado no tengo nada que hacer. No, no... el domingo tampoco. Si queremos ganar esos clientes debemos hacer un esfuerzo, y de paso tomamos sol en el campo.

Después de hablar, arregla unos papeles y sale. Nosotros salimos detrás de él. -¿ Te fijaste, Florinda? Son igualitos. Yo también me parezco a mi papá -le digo un poco nervioso cuando estamos en la calle.

-Sí, se parecen mucho. Bueno, ya lo viste; y ahora, corriendo a la casa, todavía no estás del todo sano.

-Sí, vamos, ya se me ocurrirá algún buen plan. En vez de hacer negocios el domingo debería estar con su hijo.

Joselo ha cambiado mucho conmigo: todos los días, los últimos diez minutos del recreo, me enseña a jugar fútbol y me deja tarea para que repase en la casa. Y como ya no se burla de mí, los otros tampoco lo hacen.

En dos semanas es el intercolegial de fútbol y Joselo, que es delantero del equipo, tiene que ensayar todo el tiempo. Yo y otros compañeros lo acompañamos desde las gradas para verlo jugar, y algunos días hasta dejo de ir a la biblioteca para mirar los entrenamientos.

Todo el colegio tiene la esperanza de quedar campeones porque hemos ganado varios partidos en la clasificación preliminar. Pero estamos nerviosos, el otro colegio finalista es muy bueno.

Yo ayudo a preparar las barras. Hay unas suaves y educadas para que oiga el inspector, pero hay otras chistosas y un poco malvadas para el enemigo. También hemos hecho pancartas de todos los tamaños y colores para animar al equipo.



Ahora es el gran día, el estadio está a reventar. Están los estudiantes de los colegios finalistas y los familiares, parientes y amigos de los jugadores.

Florinda quiere hacer un hechizo pequeñito para asegurar la copa, pero temo que algo falle y no quisiera correr ningún riesgo.

El partido está súper peleado, todos estamos roncoss de tanto gritar, y al final ganamos 2 a 1. Estamos cansados, pero aún nos quedan fuerzas para pasear en hombros a nuestros compañeros por toda la cancha y para que reciban las felicitaciones de las autoridades del colegio y de la gente del ministerio.

Joselo se toma varias fotos con el equipo y con su mamá,
una señora bien guapa.

Luego todos posamos para la foto del recuerdo que le saca canas
verdes al fotógrafo, porque todos queremos aparecer en la primera
fila junto al equipo.

Al salir del estadio, paso por los baños
y oigo que alguien grita.





-No vino, no vino, no le importo para nada.

Ni siquiera ahora vino. Ya no soy su hijo.

Me acerco con cuidado para ver qué pasa. Es Joselo.

Da golpes y patadas contra la pared

y grita en medio de sollozos.



Salgo para que Joselo no se dé cuenta de que lo vi llorar. Me paro en la puerta, digo que los baños están desbordados y con la ayuda de Florinda evito que entren otras personas.

-Florinda, voy a ir a hablar con el papá de Joselo -le digo una vez en la casa.

-¿Estás loco? ¿Qué le vas a decir?

-No sé, tengo que hacer algo. ¿No ves lo mal que está Joselo? Ni siquiera vino ahora que su hijo era la estrella.

-Tú no sabes cómo es ese señor. Puede caerle muy mal tu presencia.

-No me importa.

-Puede maltratarte, si no quiere a su hijo, tal vez no tenga ninguna consideración contigo.

-No me importa.

-Bueno, yo te acompaño, si se propasa, lo ajusto, ¿está bien?

-Está bien.

Es lunes a la tarde, después de clases, otra vez invisibles entramos a la oficina del doctor Casamayor. En este momento está con un cliente y discuten algo sobre unas pólizas. Nosotros esperamos en silencio sentados en un rincón. Cuando el cliente sale y el doctor trata de concentrarse en su computadora, me aparezco frente a él.

-Buenas tardes, doctor -le digo y me tiembla la voz.

-¿Quién eres? ¿Quién te dejó entrar? Lucía, Lucía... -exclama y se dirige a la puerta, llamando a la secretaria.

Afuera nadie responde ni se oye el menor sonido, porque Florinda hizo un hechizo de aislamiento y nadie puede escuchar los gritos del doctor Casamayor. y luego, como la asustó su primera reacción, le puso un impedimento para que pueda moverse de su sitio. -¿Quién eres? ¿Qué haces aquí? Seguramente te equivocaste de lugar -dice con una voz que trata de parecer amable.

-No estoy equivocado, doctor Casamayor, quiero conversar con usted -le digo en tono muy serio.

-¿Conmigo? ¿De qué? -pregunta sorprendido-. No tengo tiempo para conversar con estudiantes.

-De Joselo, su hijo.

-¿Le pasa algo? ¿Te pegó? ¿Vienes a reclamarme algo? Este chico sólo me da problemas.

-No vengo a reclamarle nada.

-Mejor, porque no pienso cargar con las tonterías de mi hijo.

-Joselo sufre mucho porque cree que usted no lo quiere.

-Pero, ¿qué es esto? ¡Qué ridiculez! ¡Y para esto has venido a interrumpirme! Por favor, niño, te ruego que salgas de aquí, no tengo tiempo para este tipo de cosas. -Se ve muy molesto.

-Los niños necesitan el cariño de los papás, si no, se ponen como las plantas cuando no tienen agua y sol -digo esto recordando la última clase sobre los Derechos de los niños.

-¡Estás loco! Yo sí quiero a mi hijo, pero no tengo todo el tiempo del mundo para irlo a ver. ¡Además, ese no es tu problema! ¡Métete en tus cosas! ¡Fuera de aquí! El loco soy yo por atenderte. ¡Fuera de aquí! Lucía, Lucía... -ruge al borde de un ataque.

-El sábado jugó con su equipo de fútbol y quedó campeón del intercolegial y usted no lo acompañó.

-¿El sábado? ¡Es verdad, me olvidé! Pero igual no podía porque tenía otro compromiso. ¿Él te pidió que vinieras a hablar conmigo?

-Joselo no sabe que estoy aquí. Él jamás me pediría eso.

-Entonces, ¿quién te lo pidió? -dice y se ríe- ¡Ah, ya! ¿Mi ex mujer te utilizó para avergonzarme?

-Vine por mí mismo. Yo no tengo papá porque se murió en un accidente y sé lo que se sufre por esa razón.

-Discúlpame, lo siento mucho, pero yo no tengo que ver con eso.

-Conmigo no, por supuesto, pero sí con su hijo, Joselo. Él sufre tanto como yo porque no lo ve a usted casi nunca.

-Claro que nos vemos, no mucho, pero lo suficiente, creo yo...

-¿Suficiente para usted o para él? El cariño nunca es suficiente.

-Bueno, perdóname pero no tengo tiempo... -vuelve a decir el doctor Casamayor cuando, de repente, abre desmesuradamente los ojos, luego los cierra de golpe y cae al suelo.

-¿Qué le pasó? -pregunto asustado. Entonces, Florinda se hace visible.

-Ya me cansé de tanta charla. Si ese tal doctor no quiere entender por las buenas, hay que ayudarlo un poco, ¿no crees?

-¿Qué le hiciste? ¿No lo habrás...?

-No, no te preocupes, sólo está desmayado. Le he dado una dosis de Recordelín para que se acuerde de su niñez y de cómo era su vida entonces. ¿Quieres ver lo que recuerda?

El doctor Casamayor se ve a sí mismo cuando era niño. Tiene como unos diez años y juega solo en el patio con una pelota. Un poco más allá hay varios niños y niñas, rompen piñatas, juegan con globos y serpentinas. Un momento después oye la voz de su mamá que lo llama:

-Carlos, Carlos, ven a apagar las velas.

¡Es su cumpleaños! Él se acerca a la mesa y busca con la mirada a alguien.

-Pero, mami, aún no llega papá, esperemos un poco más- dice.

-Los invitados se van, no pueden esperar más y ya es muy tarde. Cuando él venga las prendemos de nuevo y las vuelves a apagar -dice la mamá. Por la noche, el niño Carlos espera hasta muy tarde con el pastel casi intacto y su papá no llega.

El doctor Casamayor recuerda su niñez, las muchas veces que su papá no estuvo presente en los momentos más importantes para él.

Como ya es tarde, nos vamos. El doctor Casamayor sigue soñando, pero por su cara se ve que sufre mucho.

Estoy un poco asustado, no sé en qué terminó el hechizo; y para colmo, Florinda no aparece por ningún lado.

Al poco rato llega toda sonreída.

-No te preocupes, querido amigo, vengo de hacerle una visita al doctor Casamayor, se acaba de despertar y te puedo asegurar que goza de muy buena salud, por lo menos física.

Por la tarde vamos a la biblioteca y le contamos a doña Sol de nuestra visita al doctor Casamayor y del hechizo que Florinda le hizo.

-A mí me parece muy bien, hay personas que necesitan un tirón de orejas y uno de esos es el papá de Joselo -dice doña Sol-. Por lo que ustedes cuentan tiene bastante endurecido el corazón. A muchas personas les ocurre eso. Mientras son niños son dulces y tiernos, pero a medida que crecen se ponen armaduras, cerrojos y candados, hasta que después ya ni siquiera saben si tienen o no corazón. Un golpecito a cambio de recuperar la ternura me parece un precio muy pequeño. Pero, ¿si con eso no cambia?

-Utilizamos cosas más fuertes -dice Florinda con picardía.

La semana pasa volando sin que ocurra nada especial, y como estamos en vacaciones trimestrales, no sabemos nada de Joselo. ¿Cómo estará? ¿Qué habrá pasado con el papá después de la maratón de sueños dolorosos que tuvo? Yo me siento más tranquilo después de haber tratado de hacer algo por mi amigo.

Es sábado súper temprano, alguien toca la puerta de mi casa y todos los perros del vecindario ladran a rabiarse, pero yo no me muevo, porque quiero seguir durmiendo. Después de un rato oigo que mi mami me dice:

-¡Juan, tienes visita! ¡Levántate pronto!

-¿Visita? ¿Quién es? ¿Doña Sol? -pregunto todavía dormido.

-No, no es doña Sol-escucho decir a la voz de Joselo. Creo que aún estoy soñando. Abro los ojos y en el marco de la puerta veo a Joselo y a su papá, ¡híjoles!, capaz que vienen a quejarse con mi mamá... con todos los problemas que ella tiene.

-Ya, vagoneta, ¡levántate! -dice Joselo y me quita las cobijas.

-¡Así es! -dice el doctor Casamayor-. Afuera hace un bello día y venimos a invitarte a pescar con nosotros.

No puedo creer lo que oigo. Mientras mi mamá conversa con el doctor Casamayor, Joselo me dice: -Mi papá me contó que lo fuiste a visitar y le dijiste cosas que le hicieron pensar mucho. Debes ser un mago o algo así porque, ¿sabes?, creo que ahora mi papá me quiere tanto como me quería antes, antes de que se fuera de la casa.

-¿En serio? -le pregunto. Siento culebras en la barriga.

-Fue a la casa y conversó conmigo. Me pidió perdón por no haberme acompañado al fútbol y por las varias veces que me dejó plantado o no me fue a ver.

-¿En serio? -Sigo sin creer del todo lo que oigo.

-Me dijo que vamos a vernos todos los fines de semana y cada vez que yo lo necesite. Y también que le gustaría, si es que a mí no me molestaba, que algunas veces saliéramos contigo.



-¿En serio? -repito. Estoy medio aturdido.

-En serio. Y, ¿sabes qué?, lo he pensado mucho y creo que puedo compartir contigo el cariño de mi papá. ¿A ti te gustaría?

-¿Estás loco?

-¿No quieres?

-¡Claro que me gustaría!

-Bueno, ya basta de tanta charla -dice el doctor Casamayor entrando al cuarto- que se nos acaba el día. Si no vamos pronto otros se llevarán los mejores peces.

-Apúrate, en el río te das un buen baño.

Joselo y yo nos reímos, me levanto a toda velocidad, me visto y estoy listo para salir.

Ahora sí siento que Florinda me cumplió mi gran deseo, porque si bien yo nunca voy a recuperar a mi papá puedo, como ahora, compartir el papá con otro niño, aunque sea por ratitos y eso... eso es muy bueno también.

Me despido de mi mamá que sonrío feliz. Florinda me acompaña en forma invisible, más adelante y si todo sigue bien, hasta se la puedo presentar a Joselo.

Yo sé que ella ya descubrió cómo regresar a su casa, pero creo que se quiere quedar un tiempo más conmigo.



FONDO EDITORIAL IPASME

Presidente:

José Gregorio Linares

Asesores:

Alí Ramón Rojas Olaya y Ángel González

Edición:

Nelly Montero, Janeth Suárez, Freddy Best, Darcy Zambrano y Odalys Marciano

Diseño Gráfico:

Luís Durán, María Carolina Varela y Fabiola Berton

Plan Revolucionario de Lectura:

Luis Darío Bernal Pinilla, Yuley Castillo, Verónica Pinto, Mervin Duarte, Saudith Felibertt, Enricelis Guerra y Tania Cañas

Administración:

Tibisay Rondón, Juan Carlos González Kari y Yesenia Moreno

IPASME va a la Escuela:

Alexis Cárcamo

Informática:

Enderber Hernández

Apoyo Logístico:

Eduardo Ariza y Víctor Manuel Guerra

Distribución:

Jazmín Santamaría y Ronald Carmona

Secretaría:

Gladys Basalo

Leonor Bravo Velázquez es, no sólo, una de las voces más conocidas de la literatura para niños y jóvenes en el Ecuador, sino la soñadora, gestora y directora de un Certamen Cultural que, bajo la denominación de "La Maratón del Cuento", convoca en Quito, desde hace ya cinco años, a cuentistas, cuenta-cuentos y cuenteros de diversas latitudes de Iberoamérica, a un evento famoso por la presencia de miles de niños, niñas y jóvenes, quienes gozan esta fiesta de sueños, imaginación, fantasía y ternura, con similar alegría a aquella que experimenta nuestro espíritu cuando leemos sus textos.

